

SAN GERONIMO DE MADRID.

Habiéndose presentado en la corte de Enrique IV un embajador de la Gran Bretaña, se solemnizó su llegada con magníficas fiestas celebradas en el Pardo por espacio de tres días. Dispuso en el cuarto un torneo el privado D. Beltran, y tuvo lugar cerca de Madrid donde ahora está el puente verde, frente á S. Antonio, defendiendo un paso á la usanza antigua dicho privado tan á gusto del rey, que mandó construir un monasterio en memoria del suceso, á la verdad no de tanta importancia como la que le quiso dar el pobre monarca. El resultado fué que el convento se fundó llamándose Nuestra Señora del Paso, título que el mismo Enrique IV mudó en el de S. Gerónimo el Real, borrando así el recuerdo profano y trivial que habia unido al naciente convento, cuya situación era mal sana; por esta razón fué trasladado en 1502 al sitio en que al presente se halla, junto al Museo de pinturas. Corresponde este suntuoso edificio á la época en que el estilo gótico declinaba, y el arco de medio punto empezaba á luchar con la ojiva que fué vencida al fin por aquel en la primera mitad del siglo XVI. Una vasta y hermosa nave con crucero, labrada según el estilo llamado impropriadamente gótico y con mas exactitud ojival forma la iglesia de este insigne monasterio, viéndose repetidas á uno y otro lado del cañon 10 capillas que en la guerra de la independencia fueron despojadas de los retablos y curiosas memorias sepulcrales que las adornaban, quedando solo una parte del ornato que decoraba la capilla de S. Juan, una de las mas bellas que habia en Madrid en concepto del erudito D. Antonio Ponz: en tiempo de este escritor contenian las referidas capillas mucho bueno que observar; no sucede así al presente, pues se hallan desnudas y faltas de todo, hasta de retablos. Restauraron los monjes esta iglesia ó hicieron el retablo mayor, que consiste en un cuadro grande en el que D. Rafael Tejeo representó á S. Gerónimo recibiendo el viático,

y en la parte superior una gloria. Sirvió este suntuoso templo de capilla real en tiempo de Fernando VI, y en él se celebra la ceremonia de la jura de los principes de Asturias, habiendo sido el primero que fué jurado en este monasterio Felipe II el año de 1528. Carece exteriormente este edificio del ornato de crestería, que graciosamente corona otros monumentos de su misma época. Sensible es que no se lleve á cabo el proyecto de trasladar á la referida iglesia la parroquia del Retiro, pues se lograba de este modo asegurar la existencia de un edificio interesante tanto por sus recuerdos históricos como por su arquitectura. En este monasterio tenian los reyes un departamento al que llamaban *cuarto de S. Gerónimo*, el cual comunicaba con la iglesia por la primera capilla al lado del Evangelio. Aun se conserva un patio de gusto clásico en el centro del claustro que se halla saliendo por una puerta del lado de Epístola.

Hoy ofrece gracias á una bien dirigida restauracion la preciosa vista que el grabado representa, viendonos privados de detallar como quisiéramos todos los pormenores de la misma, por los invencibles obstáculos que encuentra en nuestro pais el investigador artístico, siempre que trata de adquirir noticias, estrellándose con la vanidad, la apatía, ó la avaricia de su saber que tienen las personas que pueden suministrarlas. Debemos consignar sin embargo las escasas que hemos podido adquirir, siquiera de ellas no salgamos fiadores, con el objeto de ilustrar el asunto en lo posible, excitando de este modo á los entendidos en la materia para que dejen correr su pluma en provecho de nuestros apreciables lectores. Se nos ha dicho que la restauracion que está para terminar se debe á la munificencia de S. M. la Reina, y que la ha dirigido principalmente el antiguo y erudito colaborador del SEMANARIO Sr. Eguren.

27 DE ABRIL DE 1856.

## PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

Habia sin embargo en el interior del edificio, la parte de mundo que se necesitaba para animar y embellecer aquella fiesta; porque dos centenares de muchachas, bonitas casi todas, hermosas muchas, agraciadas las mas, ninguna fea, ataviadas con elegancia, prendidas con coquetería y desbandadas por aquellas calles en enloquecida carrera, cautivando, atrayendo, conquistando corazones á cambio de una amabilidad parecida á la condescendencia, y de una condescendencia semejante al « todos unos » de nuestras giras campestres; otros dos ó trescientos jóvenes de lo mas aturdido de París que danzaban, se rebullian y explayaban ni mas ni menos que las bacantes; grupos de extranjeros felices por el vapor del Jamaica, tanto ó mas que por la animacion del espectáculo; y un sinnúmero de dependientes engalonados, fijo cada cual en su puesto, esperando la órden, la demanda, el servicio; he aquí la suficiente concurrencia para realzar de una manera digna el brillante festín que se preparaba.

El español no se atrevió á lanzarse solo en aquel laberinto desconocido, sin imitar y seguir las acciones de otros nuevos concurrentes: así que esperó á llevar por delante á los que habian entrado detrás de él, decidido á hacer lo que hiciesen todos, para ni excederse, ni omitir nada de cuanto pudiera contribuir á su diversion.

Anduvo algunos pasos tras de sus guías, y vió que estos se paraban ante la primera casita rústica que habia á la vera del camino, desde la que una agraciada jóven con delantalillo negro y florecitas en los rizos, les alargó sendos cigarros vegueros que ellos hicieron arder al momento en la lámpara de espíritu de vino prevenida *ad hoc*. Por no reñir con la costumbre hizo nuestro español otro tanto, y tuvo el placer de pasar á manos de la señorita tabaquera, por advertencia de esta, una pieza de á franco por el cigarro, y dos de á dos sueldos por la propina. — El veguero, que tal era el nombre de la tagarnina en cuestion, valdria, bien vendido, como ocho ó diez cuartos todo lo mas.

Chupa que te chupa, y reniega que te reniega siguió el español á sus tipos, no poco asombrado de que lejos de encaminarse al lugar del bullicio, tomaran otra senda mas apartada y solitaria. Siguióles á pesar de esto, y á poco se encontró en un gabinetito chinesco profusamente iluminado, en el cual apenas le divisaron los dependientes, sirviéronle como á los otros señores una especie de ponche frio, muy cargado de ginebra, que es lo que *segun costumbre* debe beberse antes de la broma. Este ponche, que en los cafés de París vale medio franco, cuesta uno en la botillería de Mabilie.

Estamos viendo al lector queriendo llevar en su memoria la cuenta del gasto hecho por su compatriota; mas le aconsejamos que desista de esa fatiga, toda vez que ajustada y en órden la hallará al final de este cuadro.

Caliente ya de cuerpo como caliente estaba de alma desde que entró, dióse á discurrir solo por las callejas del gran jardín, parándose y contemplando todo lo que por su novedad lograba atraerle.

En una casita holandesa de la mas caprichosa forma, vió á dos jóvenes de no menos caprichoso empaque, alegres y pizpertas, que jugaban á un juego de billar muy parecido á nuestras mesas de trompo. La agilidad de las ninfas y su gracia, le entusiasmaron mas aun que el juego; y á haberlas conocido algo, de seguro que se ofrece á ser de la partida.

— Dejemos esta mesa, — exclamó una de ellas mirándole — que este caballero querrá jugar y le vamos á impedir la diversion.

— De ninguna manera, señoritas — dijo él, llevándose la mano á su sombrero: — está la mesa admirablemente ocupada; y en un caso me bastaria con suplicaros que me dejaseis ser vuestro compañero.

— Aceptado — exclamaron las dos á la vez.

— El señor tomará su bola — añadió una — y jugaremos una partida de tres.

— Aceptado — replicó á su vez el español.

— ¿Quién sale?

— Tú.

— Yo.

— El caballero.

— Tiremos á mano.

— ¿Qué va á jugarse? — preguntó la que parecia llevar la voz.

— Lo que tú digas.

— Lo que tú quieras.

— Lo que el señor acuerde, y es lo mejor.

— Por mi parte señoritas, todo me es igual.

— ¿Jugamos un ponche ó dos botellas?

— Un ponche.

— Pues un ponche.

— Pues un ponche.

Y los tres amigos se pusieron en amor y compañía á tirar sus bolas para disputarse el ponche convenido.

— Advierto, — exclamó la jugadora número uno — que aquí no se reconoce diferencia de sexos; el que pierde paga.

— ¡Ah! Por supuesto..... repuso la otra.

— Corriente; — añadió el tercero como por fuerza.

— ¡No faltaba mas!..... — y tiró una.

— ¡No faltaba mas!..... — y tiró la otra.

— Sea pues..... — y tiró el amigo.

Jugaron su partida en poco tiempo, y despues la segunda y una tercera en seguida, sin que las elegantes damas pudiesen superar en un solo tanto al español, á pesar de que desconocia el juego.

— O es muy afortunado este caballero — decian ellas, — ó conoce mucho y muy bien las bolas.

— Ni una cosa ni otra, señoritas; — la primera fortuna que hoy tengo, es el haberos encontrado; como tambien es hoy la primera vez que tomo parte en esta diversion.

— Pues es muy listo el señor.

— Sí que lo es.

— Gracias por la amabilidad que no merezco.

— Hemos perdido, mi querida Eurídice, — dijo la una.

— Pues á pagar, mi bella Cloris — exclamó la otra. — Este señor tendrá la dignacion de seguirnos.

— ¿Y cómo no? — mis desgraciadas y lindas amigas. — Lo único que siento es la fatalidad que os ha hecho perder, cosa que seguramente no deseaba.

— Así lo creo.

— Tal lo creemos, señor.

Y las primorosas jóvenes dando el centro á su dichoso rival, le encaminaron hácia el salon principal del café.

— ¡Mozo! — gritaron casi á un mismo tiempo — ponche y bizcochos para los tres.

El mozo sirvió un ponche como en París y en baile se sirve á los ingleses. Mucho rom, otra botella llena, mucho pastel, mucho emparedado, mucho bizcocho, mucho pan de almendras, esponjados, agua de nieve, azucar y una caja de cigarros habanos.

Comenzando estaban á beber el ponche, cuando una señorita de las de papalina con flores y delantal con cintas, se acercó al oído del convidado. Cruzáronse algunas palabras entre ambos, y el español sacó dos francos y medio en plata y algunas monedas de cobre que entregó á su atenta recien venida.

— ¿Qué queria esa mujer? — preguntó con cierto desprecio una de las jugadoras.

— ¿Os pedia limosna acaso?

— No tal, señoritas, no era nada; — repuso nuestro compatriota medio avergonzado. — Es que olvidé pagar á la cantinera del juego, los tres cuartos de hora que hemos invertido.

— ¡Ah!

— ¡Ah!

Este episodio no alteró en nada la jovial satisfacion de nuestros ponchistas. Hablóse mucho, se rió bastante, y se bebió no

poco, hasta el momento en que preludió la música el wals-polka primero.

—¿Bailais, caballero? — preguntáronle entonces.

—Poco y mal, señorita.

—Pero ¿estais comprometido para esta vuelta?

—Preferiria, si no os incomodaraís, descansar.

—Nada de eso, — dijo la una — permaneced aquí todo el tiempo que gusteis. ¡Pues no faltaba mas!

Y se levantó para marcharse.

—¡Pues no faltaba mas! — añadió la otra imitándola.

—Con vuestro permiso, — exclamaron ambas, al mismo tiempo que una graciosa ramilleteira colaba en sus manos dos soberbios ramos de flores.

—¡Oh! ¡qué hermosas! — murmuraron á la vez las favorecidas; — pero no, no las queremos, tomadlas, pedís muy caro por ellas.

—¿Cómo muy caro, hermosas señoritas? — expresó la florera con cierta gachonería. — ¿No veis que aun no es la cosecha de las flores y que ya os ofrezco claveles blancos como en el mes de agosto?.....

—A pesar de todo, queréis un dineral.

—Nada de eso, señor, — dijo la muchacha encarándose con nuestro paisano: — ¿son caros por ventura estos ramilletes en cinco francos cada uno?

—Para este tiempo, — repuso él como hombre que lo entiende — no son con efecto muy caros.

—¿Lo estais viendo, señoritas?

—No le deis mas que seis francos por los tres, — dijo una de las damiselas al oído del jóven, — ¡son muy ladronas!

Cogieron sus ramilletes, dieron las gracias, hicieron una profunda cortesía y desaparecieron.

Tira aquí, afloja allá, los ramilletes le costaron siete francos, un medio sofoco, y cambiar una moneda de ocho duros.

—¡Mozo! — gritó al efecto nuestro héroe.

—¡Para serviros, señor! — exclamó el primero que habia al paso.

—Tomad, si lo teneis á bien, este luis, y dad á esta ramilleteira siete francos.

—Y la propina, — dijo ella.

—Y la propina, — dijo él echándola una mirada de tigre. El mozo vino en un instante.

—Aquí está la vuelta, señor.

Y depositó en las manos del jóven veinticuatro francos y medio.

—¿Qué me dais aquí?

—La vuelta, señor.

—¿Pues no os he dado una moneda de cuarenta francos?

—En efecto, señor.

—¡Y me volveis veinticuatro y medio!

—Justamente, señor.

—¿Cómo es eso?

—¡Ah! señor; teneis razon que se me ha olvidado entregaros la cuenta; tomad:

Fr. Cént.

Ponche, bizcochos, barquillos y pasteles. 6

Ramilletes. . . . . 7

Propina de la florera. . . . . 50

Propina del mozo. . . . . "

Entonces lo comprendió todo: dió el medio franco de pico al camarero y se embolsó los veinticuatro restantes.

Cuando nuestra relacion llega á este punto, está ya el español tan chispa como cualquiera inglés; y sabido es que un español de broma, alterna, gasta y triunfa como el mayor calavera del orbe.

Diósele poco cuidado por lo que iba sucediendo, y se arrojó al foco de la danza con las mejores disposiciones para danzar.

El baile se hallaba en su apogeo. — Cien parejas animosas y jadeantes se arremolinaban, cernian y avanzaban al rededor del templete de la orquesta; los músicos apresuraban el compás; un

vientecillo fresco y húmedo agitaba las copas de los árboles y el tallo de las flores, difundiendo en la atmósfera sonoridad y perfume; las mil luces de gas, oscilando á la voz de los bailarines, despedían mayor fulgor; los chales habian desaparecido, las capotas se caían hácia atrás, los brazos se estrechaban, los pechos se oprimían, las ternuras rodaban por el viento, y el ruido del descargar de las pistolas, y el crujir de los billares, y el chocar de los vasos y botellas, y el cantar de los congregados en el *bufet*, todo esto fugaz, esparcido, flotante se ofrecía á la imaginacion del viajero, como soñado, como presentado, como ideal.

Presas del vértigo comun se cogió á la primera cintura que halló libre, pasó sus brazos sobre el cuerpo y un hombro de aquella mujer, y estrechando á su vez como los que estrechaban, y oprimiendo á su vez como los que oprimían, y derramando flores y ternezas, se arremolinaba, se cernía y avanzaba animoso y jadeante tambien al rededor del templete, que gritaba al unísono con los cien gritos instrumentales que salían de su centro. Era aquello un matarse, un rendirse, un morir continuado por mucho tiempo, como se matan, rinden y mueren los danzantes *mabillicos* de París.

Las nubes se estrellaron entonces cual si quisieran aplacar el furor de los danzantes: una copiosa lluvia anunciada por truenos y relámpagos que se confundían entre las luces y ruido de la fiesta en concierto infernal, produjo un alarido tremendo de la multitud, la cual desbandada en opuestas direcciones, seguida de la orquesta, de los dependientes y de todo el mundo, confluía, como de previsto se hallaba á un enorme salon, cuyas puertas se abrieron de repente y cuyos surtidores dorados comenzaron á arrojar gas en todas direcciones. — Algunas parejas menos tímidas permanecían aun en el jardín desafiando la intemperie de la tempestad, y calando sus trajes como calado se habian antes el cuerpo en el café; otras entonaban cantares al advenimiento de la lluvia con expresivas muestras de regocijo; otras, al amor de sus paraguas, conversaban en animosa plática, indiferentes á la crudeza de la atmósfera; y entonces el contraste de los de adentro bailables todavía, con el que formaban los de afuera bailados ya, era á la vez que extraño tan risible y grotesco como el conjunto.

Daban las once y media, y era llegada la hora de cenar. A las doce se cierran los salones, y no hay un solo momento que perder.

La pareja de nuestro español, no ya en tono de indirecta, sino clara y palpablemente le pedía de cenar. Él tambien excitado por la danza, la broma y el ejemplo, sentía su apetito en disposicion. Abalanzáronse, pues, ambos al *bufet* como leones sedientos de su presa. Allí de pié derechos porque no habia mesas bastantes á que acercarse, con el alon de un pavo en una mano, un panecillo en la otra, y la copa del *champagne* entre los dientes, empinada por las manos de su compañera, bebió, comió y acabóse de achispas en los treinta minutos que faltaban, al compás de la polka del ferro carril que con campanas, pitos, alambres vibrados sobre el bombo, el fuego de la máquina imitado en luces de colores, y los ya desafinados instrumentos por la distraccion ó cansancio de los instrumentistas, producía el juicio final á grande orquesta.

Un fuerte bastonazo del jefe de policia encargado del órden, dió por terminada la funcion. El agua corría á mares por los jardines, por el zaguan del edificio, por las aceras de las calles; nuestro hombre tenia que acompañar á su pareja y acompañarse á sí propio en la dualidad de su estómago y su cuerpo. Necesitaba por consiguiente un carruaje; pero los cocheros de París en casos como este, lejos de acercarse á recoger convoy, huyen como endemoniados del concurso, para que quien les necesita de por fuerza les llame, les suplique; y al escuchar que están tomadas con anterioridad, les ofrezca un cuádruplo de su valor por la carrera que van á emprender.

Tal fué, al fin, el recurso adoptado por nuestro infeliz compatriota; tal la última socaño de que fué objeto; tal la contera y remate de su ansiado baile de Mabilles.

Hé aquí ahora la cuenta que contemplaba al día siguiente,

casi con las lágrimas en los ojos, después de haberla extendido en un papel.

De lo gastado en el baile sin saber cómo:

	Fr.	Cént.
Carruaje de ida.	4	50
Propina al cochero.	25	
Propina al abridor de portezuela.	20	
Limpia botas.	25	
Señalamiento del despacho de billetes.	20	
Billete de entrada.	3	
Cigarro de entrada.	1	20
Ponche de entrada.	1	20
Juego de trompo.	2	50
Propina del juego.	20	
Ramilletes de flores.	7	
Ponche, bizcochos, barquillos y pasteles.	6	
Propina de la ramilleteira.	50	
Propina del mozo del ponche.	50	
Cena para mi señora.	20	50
Carruaje para marchar.	3	25
	48	25

NOTA. No llevé á nadie conmigo ni hice ninguna amistad nueva.

Total: diez napoleones, los piés frios y la cabeza caliente.

(Continuará.)

José de CASTRO y SERRANO.

## VIAJES.

### BOMBAY.

AL SEÑOR D. EDUARDO GASSET.

#### I.

Bombay es una isla asiática, en las Indias orientales, cerca de la costa de Cancun, en el reino de Visapour: sus primeros conquistadores fueron los portugueses, quienes cedieron aquella isla á los ingleses en 1662, época en que Carlos II, rey de Inglaterra, la reclamó como formando parte de la dote de la reina su esposa. — Hay una fortaleza y un gobierno.

Unos quieren que derive la etimología de Bombay del nombre de la diosa Moomba, á la cual hay allí un templo; y otros pretenden que proviene del grito de alegría que arrojaron llenos de admiración los portugueses á la vista de su excelente puerto, *Bom-bahia!*, pues dicha bahía, que seguramente es de las mas cómodas del mundo, puede contener mas de mil embarcaciones, lo que hace que sea aquel un punto importantísimo para la compañía inglesa de las Indias. Dicha isla cuenta mas de 100,000 habitantes.

El capitán de marina francés, M. Basile Hall, dice que de todos los países que ha visitado en su vida errante ninguno hay comparable á Bombay, y que es el mas adecuado para ver del modo mas expeditivo y económico todo cuanto caracterizar puede la fisonomía del mundo oriental, y que, con un par de semanas de estancia haciendo una excursión á los sitios vecinos de Elefanta, Carli, y Ponah, podrá cualquiera formarse idea exacta de cuanto curioso é interesante encierra la India.

Las calles de Bombay ofrecen constantemente un espectáculo animado y curioso.

Los parsis, adoradores del fuego, los incas, los musulmanes, los judíos crúzanse continuamente con los sacerdotes católicos portugueses, los ministros ingleses y los armenios; iglesias, templos, mezquitas y pagódas envían á Dios las preces que tanta diversidad de religiones elevan separadamente en diferentes idiomas.

Las calles son un panorama donde sin interrupción suceden los cuadros mas variados: aquí algunos chinos con sus trajes

tártaros y poco graciosos; allí mercaderes persas que vuelven con los tesoros del valle de Kachmyr; mas allá chalanés árabes haciendo caracolear sus fogosos corceles; indios de todas razas ostentando en la frente los brillantes colores que las distinguen, y musulmanes cuidadosamente arropados y llenos de gravedad bajo sus anchurosos turbantes.

#### II.

Las mujeres realzan el encanto del cuadro panorámico.

Con curiosa mirada seguí á aquella pobre mujer del pueblo que por todo vestido tiene un basto lienzo que envuelve su cuerpo; es una aguadora simplemente; no obstante, la vasija ó cántaro que lleva en la cabeza posee una forma elegante, y bajo los armoniosos pliegues de sus harapos admirareis un talle enhiesto y ágil.

Otras veces un extraño sonido os hará volver la cabeza como el producido por los cascabeles de un caballo de posta: ¿qué será? Una madre de paseo con sus niños. Además del enorme anillo que pendiente de la nariz le baja hasta la barba, tiene adornadas las piernas desde las rodillas abajo con círculos de oro y plata, bien así como sus brazos hasta los hombros, cuyos atavíos producen el mencionado ruido.

Y hasta los mismos niños están reducidos á llevar tanta alhaja, cadenas y sortijas que apenas si se pueden mover á gusto.

Muchas de estas frágiles criaturas por este medio suelen llevar encima toda la fortuna de sus familias, lo que con frecuencia da lugar á que aquellos desdichados niños se vean asesinados por ladrones codiciosos de los tesoros, á los cuales les encadenan sus imprudentes parientes.

Es de sentir el execrable olor que despiden el *assa-fetida*, con la cual, ¡cosa singular!, acostumbran aquellos naturales á sazonar sus comidas en términos de no poder sufrirse los miasmas que exhalan las plazas de los mercados.

El calor es también excesivo, y los mosquitos ó éfnifes numerosísimos manifiestan particular predilección hacia los europeos. Los búfalos, de pelo aplomado y mirada feroz, y los bisontes, con su prominencia entre los dos omóplatos, os cubren á veces de una lluvia de lodo.

Pero no hay espectáculo perfecto, y las medallas tienen su reverso.

Entre esa población compuesta de elementos tan heterogéneos domina una raza, la de los guebres ó parsis, descendientes de los antiguos persas emigrados á consecuencia de las invasiones mongólicas. La piedad de estos discípulos de Zoroastro los reúne cada mañana y tarde sobre la explanada en donde presentan un curioso espectáculo.

El alba blanquea apenas el cielo, cuando ya aguardan con recogimiento el instante en que el astro ígneo, de la divinidad sacro emblema, les salude con su primer destello. Al caer del día se reúnen nuevamente orando hasta el momento mismo en que el sol vibra su último rayo en el ocaso. Cada casa de los parsis es un templo para su Dios, y alimentan sin cesar con odoríferas maderas el encendido hogar que le sirve de pira. Jamás arrebatan al fuego la presa de que se haya apoderado, y en los incendios se contentan con aislar la casa atacada abandonándola toda entera á las llamas. Los parsis son activos é industriosos y jamás abandonan á un miembro de su raza á la merced de la pública caridad. — Es además una raza hermosa: poseen regulares facciones, ojos negros y vivos, la tez trigueña y franca é inteligente fisonomía.

Se afeitan con esmero dejándose únicamente un bigotito. Las mujeres participan de sus mismas cualidades físicas y morales; pero el poco cuidado que toman de sus personas y hasta su desaseo no las deja lucir su hermosura mas que durante poquísimo tiempo.

#### III.

Bombay se extiende en una isleta de dos leguas de longitud sobre una de anchura, es el asiento ó residencia de una presi-

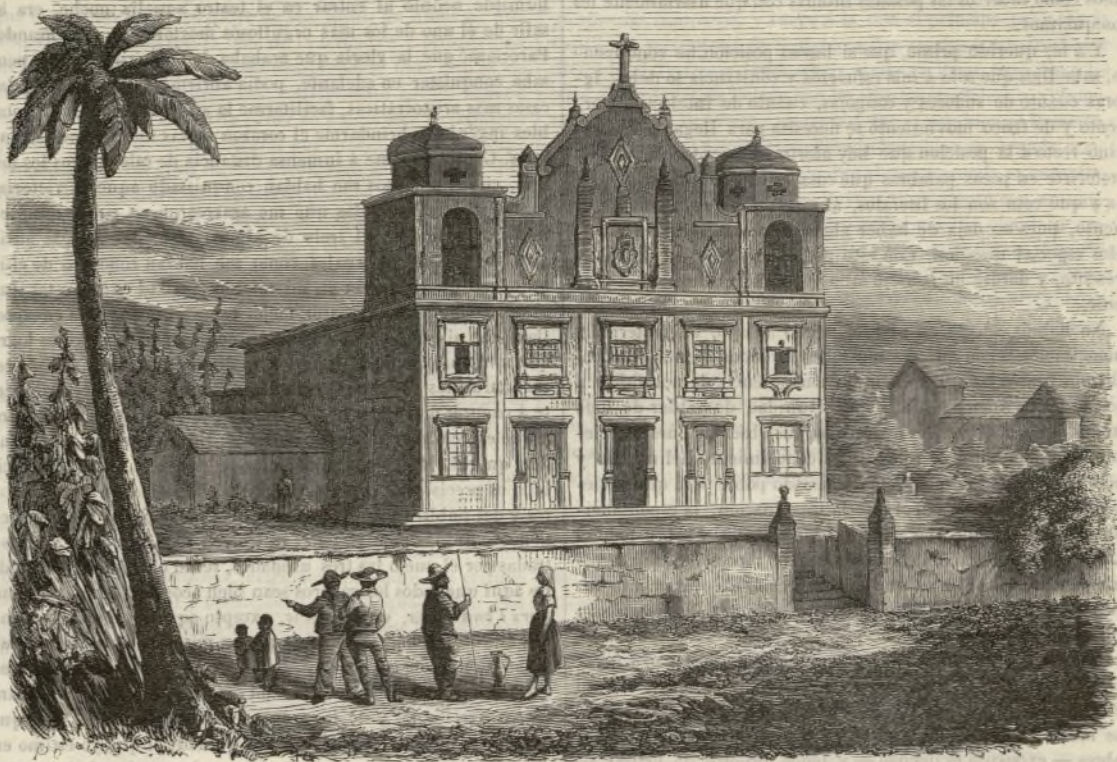
dencia que se extiende sobre toda la costa del Malabar, contando varios pueblos como Surate, Ahmedabad y Pounah; y forma la isla de Bombay con las otras circunvecinas de Colaba, de Salsette, del Carnicero, de Caracayah y de Elefanta uno de los mejores puertos de los mares indicos: sobre la primera de dichas islas elevase un faro de 180 pies sobre el nivel del mar, difundiendo su hospitalaria claridad á la distancia de siete leguas. Las fortificaciones del lado del puerto pasan por ser muy importantes.

A pesar de lo que han dicho los ingleses, es menester confesar que el clima es muy insalubre. Muchos han muerto á los tres años de fijar allí su residencia (europeos se entiende).

Tocante á edificios, pocos son notables si exceptuamos los cuarteles, la casa del gobernador y la iglesia anglicana.

Las casas por lo regular están construidas segun el gusto portugués, lo cual da á la ciudad un aspecto menos grandioso que las de Madrás y Calcuta.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.



IGLESIA DE SANTA CRUZ EN LAS ISLAS AZORES (1).

El archipiélago de las Azores ó Terceras, situado á 36°, 50' y 39°, 45' de latitud norte y 27°, 30' á 34° de longitud oeste de París, se compone de nueve islas, á saber: Corvo, Flores, Foyal, Pico, San Jorge, Graciosa, Terceira, San Miguel y Santa Maria. Su origen volcánico las hace ser temidas por los marinos que se apartan cuidadosamente de sus costas erizadas de escollos, teniendo escasas recaladas útiles. Fueron descubiertas en 1439 por flamencos, á quienes arrojó allí una tempestad, permaneciendo deshabitadas hasta que Gonzalo Velho Cabral en 1447 se estableció en Terceira fundando la villa de Angra. Cuentan 150,000 habitantes. La dulzura de su clima facilita el cultivo que por algunas partes impide la escabrosidad del terreno: todos los frutos de la Europa central y meridional se producen fácilmente, mejorándose casi siempre; se crían excelentes ganados y sus costas producen variada y exquisita pesca. La iglesia de Santa Cruz, edificada en el siglo XIV ha llamado la atención de los viajeros por su arquitectura que revela la combinación de estilos que mucho después constituye el gusto europeo.

(1) Con el presente grabado empezamos á ocuparnos, instigados por algunos suscritores y por nuestro propio deseo, de las cosas de Portugal, contribuyendo en lo que podamos á estrechar las distancias entre dos pueblos que la naturaleza hizo hermanos.

## AUTO-BIOGRAFIA.

QUÉ COSA ES EN EL DÍA UN LITERATO Y QUÉ HA VENIDO Á SER LA VIDA LITERARIA.

Carta de Fortunato Buenafé á Modesto Buenavista.

Y qué querrá decir que en algun verso  
Encrespada la bilis, tire un rasgo

Que el vulgo crea que señala á Alcinda?

JOVELLANOS, Satira.

Querido primo: Há tiempo que no llegan á mis oídos noticias tuyas. Supe únicamente que te habías acercado en ese villorrio donde te dedicabas á cuidar de tu hacienda y á poner orden en las cosas de tu casa, que tu difunto padre dejó Dios sabe cómo. Y hé aquí por qué motivo has abandonado el cultivo de las letras, para el cual mostrabas tan buena disposición cuando nos reuníamos á prima noche en aquella academia científico-artístico-literaria, donde al son del violín del maestro de baile que daba sus lecciones en la sala próxima, encajábamos tantas y tan atrevidas proposiciones que bastaran en el día para hacer temido y admirado á quien tuviese audacia para darlas al público una á una, con su acompañamiento de frases de efecto y de consideraciones filosóficas.

Yo, por mi industria y por la bondad de Dios, he perseverado en aquel camino de que tantas veces trataste de apartarme; y sea que mi escaso mérito me haya proporcionado las simpatías de las personas inteligentes, sea que mi buena estrella me haya deparado propicias ocasiones, de poeta versificador y liceista en traductor de vaudevilles, y de redactor de folletines en mutilador de la última plana de los papeles periódicos hêtème aquí ascendido á la categoría de *secretario de la redacción* — vulgo *gacillero* — del *Siglo de las luces*, periódico político y literario bien reputado entre los de su clase, y conocido de los pícaros empleados, á quienes ponemos como chupa de dómíne al menor descuido, y de los bonachones de los ministros que sufren silenciosos como muertos las pesadas bromas con que diariamente les obsequiamos.

Y á fé, querido primo, que si buena posición he conquistado, sabe Dios que solo á mis esfuerzos y constancia lo debo. Ignoras cuánto de sudores y congojas, cuánto de intelectual tormento y de físico movimiento se necesita para llegar por el camino recto á la posición que hoy afortunadamente ocupo. Voy á referirte en pocas palabras qué cosa es la vida literaria en el día y qué cosa son los literatos, al menos los que yo mas frecuento, pues no deja de haber algunos que merecerían por sí solos especial mención. Con esto podrás apreciar mi pasado y presente, y darme un consejo sano y desinteresado para el porvenir.

No habrás echado en olvido, primo amado, las fraternales amonestaciones con que me regalabas los oídos cuando frecuentábamos juntos las aulas, sobre la conveniencia de no aspirar á lucir antes de saber, sobre la inoportunidad de hablar de todo á todas horas etc., etc. No negaré que tus observaciones careciesen de fundamento; pero te faltaba conocimiento del mundo y veías las cosas bajo un aspecto demasiado pobre para que tuvieses en cuenta el gran papel que la imaginación, la espontaneidad del pensamiento, las galas del buen decir, y sobre todo el exacto conocimiento del corazón humano representan en la república literaria. Ello es que sin despreciar absolutamente tus consejos y ejemplo, eché por diferente camino y emprendí con ardor la carrera literaria.

Fué mi primer teatro una mesa del café de la *Aurora juvenil*, al rededor de la cual, con el cigarrillo en la boca y el vaso de agua con el ajeno terron de azúcar al lado, solíamos reunirnos media docena de amigos, todos jóvenes, todos poetas, todos pobres — excusado es decirlo — y todos ansiosos de brillar en esfera digna de nuestro talento. Decirte sobre qué asuntos versaban nuestros largos coloquios es excusado, sabiendo tú mi vocación y conociendo mis estudios favoritos. Las mas de las noches hacia el gasto alguna oda titulada: *Frenesí*, ó algun soneto titulado: *La mujer y la gloria* etc., etc. Otras gustábamos de amenizar nuestros certámenes con los estudios históricos, y citábamos infinitos nombres propios auxiliándonos mutuamente cuando no sabíamos en qué época habia vivido y cuáles habian sido los méritos del personaje cuyo recuerdo evocábamos. La emulación que reinaba entre nosotros nos hizo progresar extraordinariamente; aunque sea dicho en verdad, rayaba á veces en murmuración nada caritativa así que el amigo volvía las espaldas. Con todo, murmurando de los propios menos que de los extraños llegamos á adquirir algun nombre entre el círculo de jóvenes literatos, habiendo yo tenido al poco tiempo la fortuna de ingresar en una sociedad lírico-dramática, donde entre pieza y pieza solían leerse poéticas composiciones. Este fué, querido Modesto, el período mas feliz de mi carrera. Mis composiciones tituladas *A una tuerca*, *Mi suegra*, y otras *ejusdem furfuris*, alcanzaron éxito ruidoso y me granjearon algunas buenas relaciones, entre ellas la de uno de los aficionados cómicos de mas nombreadía en la corte. Este sugeto ayudando, logré trabar amistad con un joven literato de esperanzas, traductor de varias piezas francesas con singular aplauso recibidas. Cobróme el tal cariño, verdad es que me costó algunas copas de coñac, y por consejo suyo y con su ayuda logré que me admitiesen una piececita traducida del francés en uno de los principales teatros de la ca-

pital. Decirte, querido primo, la sensación que experimenté la noche que por primera vez me ví entre bastidores recibiendo el aceite de las lloronas candilejas, admirando los pintados rostros de las hechiceras actrices y oyendo el animado repique de las castañuelas, seria materia imposible para mi pluma. Baste decir que mi traducción se representó, que fué aplaudida, y que aquella situación en que el pobre marido se convence de que las botas del amante, que asoman por bajo del tapiz son botas tuyas, hizo reír hasta llorar. El público pidió al autor, y no pudiendo este hacer un viaje ex profeso, salí yo todo trémulo á recoger los aplausos que tanto habia codiciado.

¡Qué triste cosa es el corazón humano, querido primo! Yo, humilde neófito al entrar en el teatro aquella noche, era al salir de él uno de los mas orgullosos mortales de este mundo. Parecíame que la gloria que acababa de adquirir y la que pensaba conquistar en adelante, podia abrirme las puertas de las casas mas aristocráticas, facilitarme la amistad de los mas notables ingenios y brindarme el corazón de las mas hermosas mujeres. Considerábame á inmensa distancia de mis amigos los del café, cuyos aplausos me habian conquistado aquella victoria, contrahe algunas deudas que me acarrearón no pocos compromisos, y abandoné el trato de algunas familias amigas antiguas de la mía, las cuales, como me habian conocido de chiquito, no querian creer en mi talento. Verdad es que estas ilusiones no me proporcionaron mejor cama ni mejor cena en aquella noche ni en las siguientes; pero no perdí tiempo, antes logré que una tras otra me admitiesen en diferentes teatros varias piezas traducidas y algunas originales. Y aquí juzgo necesario darte á conocer mis opiniones acerca del arte dramático y el género á que especialmente me he dedicado. Es el teatro en mi entender, querido Modesto, una sala grande, donde para ser bien recibido es preciso tener en cuenta la especial situación de los actores y del público. La revolución, que á todas partes llevó su benéfico influjo, concluyó en el teatro con toda sujeción; y arrastradas por el suelo las tres unidades, reinó omnimoda libertad. De aquí que todos los géneros sean bien acogidos por el público, *hors l'ennuyeux*, quiero decir, excepto aquel que no sabe conmover con la enérgica pintura de las miserias del corazón humano. Confiésote que no soy aficionado al género cómico, y que aunque de chico fui apasionado del patriótico, de las luchas entre moros y cristianos y de las arengas en octavas reales, creo que pasó ya su tiempo. Para hablar con verdad, el que yo estimo en mas y el que mas laureos me ha procurado, es el melodramático ó sentimental, sobre todo aquel que retrata la lucha de la mujer entre el deber y la pasión, ó la del hombre entre el amor y la conveniencia.

Figúrate una mujer joven y hermosa como un ángel, pegada como la perla á la concha á un viejo — convendrá que sea general por serlo en el día todas las personas de importancia — ya cascadillo y gotoso; pero firme todavía y, sobre todo, incapaz de tolerar la menor infracción de la ordenanza matrimonial. Figúrate que aparece por allí cualquier antiguo conocido de la señora, joven y buen mozo — si puede ser, poeta, para que el público no se olvide del autor — y que hay aquello de recordar pasados tiempos y enternecerse, y hacerse el sacrificio de acallar el enternecimiento, y tener el placer de entregarse á él y la abnegación de volverlo á guardar en lo íntimo del corazón. Figúrate que el veterano, que es un Oteló de la guerra de la independencia, observa á entrambos y sigue las fases de esta lucha, muy dispuesto á intervenir militarmente, quizás cuando no sea tiempo; y figúrate, en fin, que el deber triunfa de la pasión y que la infeliz mujer se resuelve á renunciar á su amor hasta que enviude, y tendrás cabal idea de uno de mis argumentos favoritos. Yo te confieso ingenuamente, que mil veces me ha ocurrido que era tan lógico castigar al viejo por haber olvidado sus años y su gota, como hacer sufrir á la mujer por haber cedido á las importunidades de una madre, á los consejos de una tia, á las máximas de muchas amigas y á las seducciones del mundo; pero hubiera carecido entonces de las lágrimas de la primera dama; y causan tal efecto las primeras damas cuando son hermosas y

lloran! Por esta razon no quise prescindir de recurso escénico de tanta monta, y preferí que fuese ella la heroína, aun cuando el público dedujese de mi drama, con grande contentamiento de las madres que tienen hijas casaderas, que es muy santo y muy bueno casarlas con viejos, generales ó banqueros, se entiende, quienes son tan capaces de amarlas y de hacerlas felices como cualquier chisgaravís de cinco lustros.

Es el corazon de la mujer un manantial inagotable de poesía que nosotros los dramáticos explotamos de mil maneras. Reconozco con algunos moralistas que las virtudes domésticas de la mujer tienen su precio, y aun si se quiere su poesía; reconozco que no faltan mujeres que aman y respetan á su marido *solo porque es su marido*, y el padre de sus hijos; no dudo de que estas sencillas virtudes son la base de la felicidad y prosperidad de las familias; pero como puedes comprender, todo esto es de cortísimo efecto en el teatro. Por consiguiente hemos echado por distinto rumbo y tratado de poner en accion este pensamiento: *que una mujer puede purificarse por medio del amor, aunque su pasado no sea muy católico, ni menos cristiano*. En una palabra: no hemos titubeado en dar al público el espectáculo de una Magdalena que, en vez de hacer penitencia en el desierto, la sufre en el gran mundo, entre música y flores, entre incienso y perfumes. Y no creyendo suficientes las lágrimas de una mujer hermosa para causar efecto en el público, discurrimos.... ¿lo adivinas?.... discurrimos *hacerla toser*, no de constipado ni de cosa por el estilo, sino de *tisis*, ¡horror!! A cada estornudo puede recordar el auditorio que solo la queda un soplo de vida....

Mis producciones de este género me procuraron algunos aplausos y unos cuantos pesos duros; pero no todo son mieles en la carrera del escritor dramático, querido Modesto. Ademas de verme obligado á hacer en mis dramas cuantas variaciones, adiciones y correcciones venían en mientes al director de escena y á la primera dama; ademas de tener que arreglar mis piezas á las condiciones intra y extra-bastidores del teatro; ademas de verme obligado á sostener amistosas relaciones con todos los críticos de la prensa ministerial y oposicionista, tenia que luchar con editores, alabarderos y partes de por medio, gente toda de suyo codiciosa é insubordinada.

(Continuará).

JOAQUIN MALDONADO y MACANAZ.

#### APUNTE HISTÓRICO

entresacado de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

Martes 6 de julio de 1545 años se publicó en Valladolid que la princesa Doña María, mujer del príncipe D. Felipe, estaba con dolores de parto, y aquel día en la tarde el cardenal de Toledo envió á decir al obispo de Palencia y al de Zamora que él estaba en S. Pablo y que se fuesen allá, donde estuvieron en vísperas y completas y los frailes dijeron Maitines, y laudes de la fiesta de la natividad; en este tiempo vino un alegion de uno que pidió albricias que la princesa era parida, que pareció ser burla, despues de esto el Cardenal y los Obispos de Palencia, Zamora, y Lugo y los presidentes de Consejo y Chancillería fueron á Palacio, y sabido que la princesa no era aun parida se volvieron á sus posadas. Otro día por la mañana se publicó que era parida de un hijo y los dos Obispos de Palencia y Zamora fueron con el Cardenal de Toledo á palacio y estuvieron allá hasta hora de comer, y de allí se volvieron á sus posadas y estando comiendo el de Palencia, le envió á decir el de Cartagena que el príncipe mandaba hacer una procesion la cual salió de palacio y fue al rosario y acabada de decir la oracion digieron por la ventana de palacio que sale á la Capilla, *hijo hijo* que fue de grande regocijo, y luego los obispos de Palencia, Zamora, Cartagena y Leon subieron á palacio que estaba todo regocijado, los capellanes en la Capilla con los cantores y órganos dando gracias á nuestro Señor y supieron que el Príncipe se había entrado á reposar que habia estado desde las tres de la mañana con

la princesa, poco despues salieron á decir que digesen maitines de navidad, unos decian que por las parias que no habia echado, otros que por qué no habia parido, otros que habia parido uno y le quedaba otro, entonces dijeron una letrilla y los obispos de Palencia y Zamora pasaron á S. Pablo donde estaban los Cardenales de Toledo y de Sevilla, y los frailes puestos de rodillas cantando salmos, y á las cinco de la tarde vinieron en procesion los obispos de Leon, Cartagena y Lugo, presidente de Consejo con los Capellanes desde palacio al Rosario y como á esta hora aun no habia parido y se habian despachado algunos Correos estaban muy confusos todos, plugó á nuestro Señor, que un poco antes de las doce de la noche la princesa parió, y luego repicaron las campanas, y luego á la una el príncipe pasó con la Capilla al monasterio de S. Pablo á dar gracias á nuestro Señor diciendo el *Te Deum laudamus* y otras oraciones. Otro día á las once el Cardenal de Toledo con los Obispos de Palencia y Zamora y Conde de Benavente vinieron á dar el parabien al Príncipe. Con ellos vino el Cardenal de Sevilla que hizo un grande razonamiento al príncipe, diciendo que el mayo pasado se cumplieron diez y ocho años que estos Reynos se alegraron con un nacimiento y acuerdaseme que nuestro padre me dijo que daba muchas gracias á Dios que le habia dado hijo, y suplicaba á su divina magestad, que si no les habiades de servir que os llevase en tierna edad, y pues Dios ha dejado vivir á Vuestra alteza hasta ahora, señal es que Dios se sirve de vuestra alteza, de la princesa á mi me consta que es una santa, y así Dios os ha hecho merced en daros hijo: luego aquella noche hubo muchas luminarias, y los Regidores y Caballeros de la Villa con achas que serian 60 de caballo, vinieron bien aderezados á la plaza de Palacio y allí jugaron con alcanzias, y sacaron cuatro carros con ciertos entremeses, y otro entremes de unos vestidos en habito de doncellas con su atambor y una seña delante y honrado las fiestas cuatro dias, hasta que el sabado le dió á la princesa una calentura muy recia, y el domingo por la mañana le sangraron del Tobillo y á la tarde la llebó nuestro Señor doce de Julio de dicho año. Dicese que murió de pasmo, porque como tubo recio parto quedó muy fatigada, y acabado de parir las damas le quitaron la camisa y le echaron un tabaque de rosas y flores de que sintió grandísima alteracion, de la demasiada frescura y que acostada en la cama le dieron una perdiz con agrio y de estos desatinos de Portuguesas se pasmó y vino á morir; dicese que el viernes anterior á las diez de la noche se vió sobre palacio un cometa que pareció *sidus* volante, y dejó una como abertura en el cielo muy lucida que parecia daba luz en la tierra y duró una hora en deshacerse. Dicese que cuando le dieron la extrema uncion dijo; por un *menino* se deshace mi nueva casa y mandó que se lo tragesen que lo queria ver y viendolo dijo, *tu eres fello de mi dolor* que fué lo que dijo Rachel á su hijo Benjamin de cuyo parto murió y otras palabras de grande lastima.

Hubo grandes llantos en Valladolid y grande sentimiento en todo el Reyno, enterraronla lunes á las siete de la tarde en la Capilla mayor de S. Pablo ante las gradas, vinieron los frailes de todas las ordenes, el Cabildo de la Yglesia y el seglar, traian los beneficiados de la iglesia Colegial sus capas de coro como en cuaresma, vinieron en procesion presidente y oidores, abogados, relatores, secretarios, procuradores, solicitadores de chancillería con sus capirotos por las Cabezas, vinieron los de los Consejos Real y de Yndias, y de inquisicion, sacaron el cuerpo en un ataúd cubierto de terciopelo negro en los hombros. El Duque de Alva y Conde de Benavente, y ochos grandes, llevaban como setenta hachas, las ordenes se salieron el claustro del monasterio. Quedaron en la iglesia los Capellanes de la Capilla Real. Hizo el Oficio el Obispo de Leon D. Esteban de Almeyda su Capellan mayor, y otro día dijo la misa y vinieron á ella todos los prelados y consejos, saliendo todos de palacio con el duque de Alva. El mismo domingo en la noche se fué el príncipe al Abrojo con el comendador mayor de Castilla D. Antonio de Rojas, D. Sancho de Cordoba y no quiso cenar aquella noche y á las cuatro de la mañana estaba en la iglesia del monasterio. Tenia la princesa hecho su testamento escrito de su mano, presumese seria por

Consejo de Fray Tomas de Sta. Maria provincial de Sto. Domingo, al que habia detenido mas de dos meses confesándose con el. Dicen que un astrólogo dijo al Rey D. Pedro su padre que habia de morir de parto: mandó á su secretario que le diese memoria de sus criados que de sus criadas no la habia menester que ella las conocia, y como le llevase el memorial, y la princesa viese que el no venia allí, dijole: ¿cómo no os poneis vos aquí? Dijo: porque Vuestra alteza me ha hecho mas merced que yo merezco. La princesa dijo con todo eso, ós deseo hacer mas merced y así cumplió con todos muy bien, y hizo muchas mandas para sacar cautivos castellanos y portugueses.

### MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

Bien hayan los claros dias

en que la tierra despierta  
después de llorarse muerta,  
recobrando nuevo ser:

en que los ojos se hechizan

con la pureza del cielo,

con la alegría del suelo

que comienza á florecer.

Bien hayan de los arbustos

las tiernas ramas desnudas

que abren las hojas menudas

en apiñado monton,

cuando del aura al suspiro

su flor naciente se agita

y estremecida palpita

bajo el cerrado boton.

Bien haya el blando murmullo

de las yerbas cuando crecen

y se enlazan y se mecen

en columpio desigual;

y los variados cambiantes

y pintorescos primores

que reflejan sus verdores

del sol al rayo vernal.

Bien haya el musgo que tiende

su protectora guirnalda

de refulgente esmeralda

por la lejana extension;

y orna del monte la cumbre,

y el hondo valle engalana,

y hasta en mi humilde ventana

Cuelga su frágil feston.

Bien haya la sombra incierta

que dan los olmos silvestres

á las casitas campestres

en las mañanas de abril;

y el perfume de las brisas

que susurrando medrosas

ván despertando á las rosas

que han de adornar el pensil.

Bien haya el rumor sonoro

del limpio arroyuelo frio,

que, agotado en el estío,

vuelve á bullir saltador;

y es móvil cinta de plata

en la vistosa llanura,  
de su manto de verdura  
trasparente ceñidor.

Bien hayan las roncás quejas

de las palomas errantes

que arrullan á sus amantes

en su quieta soledad;

y del ruiseñor el canto

de magia extraña y profunda

con que á sus hembras fecunda

de la noche en la mitad.

Bien haya la primavera

con sus frescas alboradas

con sus lindas enramadas

de purísimo verdor:

cuando renacen las flores

despierta mi fé adormida;

y hallo consuelo en la vida

y esperanza en el dolor.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

### GEROGLÍFICO (I).



(1) En contestación al geroglífico publicado en el número 13 hemos recibido el presente.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la Viuda de PARRACOS.